

CENTRO CULTURAL DE LA COOPERACIÓN
FLOREAL GORINI
ANUARIO DE INVESTIGACIONES
AÑO 2019

DEPARTAMENTO/ÁREA: ESTUDIOS POLÍTICOS

AUTOR/A: BROSIO, ALEJO Y CHAMORRO, RODRIGO

TÍTULO DEL TRABAJO: EL PODER POLÍTICO Y SU
CONQUISTA: POLÍTICA, TÁCTICA Y ESTRATEGIA.



Publicación Anual - Nº 10

ISSN: 1853-8452

Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini
Av. Corrientes 1543 (C1042AAB) - Ciudad de Buenos Aires – [011]-5077-8000
www.centrocultural.coop

Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini
Anuario de Investigaciones - Año 2019

Directoras/es de la publicación:

Gabriela Nacht
Marcelo Barrera
Natacha Koss
Julieta Grinspan
Pamela Brownell

Autoridades del Centro Cultural de la Cooperación “Floreale Gorini”

Director General: Juan Carlos Junio

Subdirector: Horacio López

Director Artístico: Juano Villafañe

Secretario de Formación e Investigaciones: Pablo Imen

Secretario de Comunicaciones: Luis Pablo Giniger

Secretaria de Planificación Institucional: Natalia Stoppani

Secretaria de Programación Artística: Antoaneta Madjarova

Secretaria de Investigaciones: Gabriela Nacht

Secretario de Ediciones y Biblioteca: Javier Marín

© Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini
Av. Corrientes 1543 (C1042AAB) - Ciudad de Buenos Aires - [011]-5077-8000 -
www.centrocultural.coop

© De los autores

Todos los derechos reservados.
ISSN: 1853-8452

El Poder Político y su Conquista: Política, Táctica y Estrategia

Brosio, Alejo y Chamorro, Rodrigo

Palabras clave: POLÍTICA – ESTRATEGIA - ORGANIZACIÓN - ESPONTANEIDAD - MARXISMO.

Resumen:

El propósito de este trabajo es explorar las distintas tensiones que habitan los abordajes teóricos en el seno de la teoría marxista, donde se contempla la cuestión política-estratégica sobre la conquista del poder político. La temática nos resulta urgente debido a las diferentes ocasiones en las que la referente política Cristina Fernández se pronunció, desde el 10 de diciembre del 2015 en adelante, sobre la organización política partidaria, la dirigencia sindical y el ánimo que promueve a los militantes al desacatar directivas de sus dirigentes en caso de desencuentro.

Para esto, analizamos textos considerados claves de la literatura acerca de la estrategia política y la conquista del poder con el objetivo de profundizar las tensiones entre: el espontaneísmo y la organización verticalista; la potencialidad y límites de las reivindicaciones económico-corporativas; la elementalidad o subsidiariedad del partido político y la supuesta contraposición entre reformismo y revolución.

Entendemos fundamental el contexto de complejización del vínculo entre Estado y masas, momento en el cual un conjunto de marxistas polemizaron sobre las diferentes formas de abordar la estrategia política emancipatoria. Es por ello que deseamos exaltar algunas piezas cruciales de los autores inscriptos en la teoría política marxista de finales del siglo diecinueve y principios del siglo veinte. Principalmente, los trabajos clásicos sobre la estrategia política y la conquista del poder en Lenin, Luxemburgo, Kautsky, Gramsci y Trotsky.

En nuestro contexto actual, en donde el viraje electoral ocurrido en el 2015 ocasionó una modificación en la relación de fuerzas del entorno nacional y, por ende, cambió rotundamente la situación de los movimientos populares, consideramos menester la reflexión sobre la estrategia política de los sectores subalternos.

En conclusión, creemos propicio rescatar del pasado estas discusiones que, según nuestro punto de vista, aún guardan vigencia para extraer herramientas que nos ayuden a reflexionar sobre nuestro presente.

—

Nuestras reflexiones inician con un interrogante. Y este interrogante se manifiesta a partir de un problema específico. En el contexto actual, la praxis política nos genera contradicciones, más específicamente, creemos que la praxis política militante se encuentra en un profundo conflicto. Las huellas de esta crisis se hacen visibles en la confusión que reina dentro de las organizaciones políticas actuales. Esta situación de las organizaciones políticas se nos presenta como un motivo -o excusa- para investigar sobre las tensiones existentes en el marco de la producción teórica marxista sobre diferentes tópicos relacionados a la revolución proletaria en la primera parte del siglo XX.

En este sentido, nos proponemos indagar y analizar las similitudes y diferencias que encontramos en piezas de algunos autorxs del marxismo del siglo XX, lxs cuales problematizaron la tarea del partido político, las tensiones entre reformismo y revolución, la pregunta por el sujeto revolucionario y los límites y/o en

Hemos elegido una selección de autores que, por cuestiones de contextos y discusiones específicas, incluyen a los siguientes teóricos: Lenin, Kautsky, Luxemburgo y Trotsky.

Consideramos importante destacar que la selección de autores responde a un criterio en el cual se reflexiona desde una mirada crítica hacia el sistema capitalista, en aras de postular vías por las cuales le sea posible, al sujeto histórico trabajador, la conquista del poder.

Así, nos proponemos extraer algunas reflexiones que nos habiliten a poder pensar nuestra actualidad desde las discusiones teóricas que aquellxs autorxs entablaron.

¿Reformismo y/o Revolución?

En nuestro afán de dilucidar cómo se conjugan las aún vigentes tensiones entre los reclamos económicos y políticos, entre la utilización de los canales y organismos de las democracias burguesas y la creación de instituciones nuevas con diferente impronta y, principalmente, entre el reformismo y revolución como mecanismo de cambio del sistema social, procedimos a investigar y relevar cómo abordaban dichas cuestiones los autores ya previamente citados.

En primera instancia, retomamos Vladímir Ilich Uliánov. Elegimos centralmente la obra *¿Qué hacer?* (1902), entre otras, de Lenin para poder estudiar las complejidades que se hallan en el seno del surgimiento de los reclamos económicos y político. Su obra, situada en la antesala de los albores de los levantamientos de 1905, refiere sistemáticamente a la cuestión de los límites de las reformas económicas. El autor sostiene su discusión central con los amantes y cultores del espontaneísmo que creían -ciegamente- que el incremento y auge de los reclamos económicos catalizarían la elevación de la conciencia de clase y, por ende, devendría en un masivo movimiento revolucionario.

Sin embargo, el autor -de manera categórica- fulmina este razonamiento en tanto considera que la *raison d'être* de las luchas económicas -y por ende sindicales- se agota en su propio recorrido. Dicho de otra manera, rebelarse contra un amo no implica necesariamente la conformación de una conciencia socialista. Es decir, que la lucha por el socialismo y la libertad no decanta de la lucha económica y espontánea, que ahora se nos presenta como una forma embrionaria de lo consciente. La huelga tradeunionista no

es lucha socialdemócrata *per se* no es suficiente para elevar la conciencia de los trabajadores.

En definitiva, la expresión de cualquier tipo de antagonismo de clase no implica una toma de conciencia del sujeto revolucionario. Para Lenin, las manifestaciones sindicales no son necesariamente revolucionarias en tanto no tienen como consecuencia una transformación social radical, sino que, más bien, se ubican como condiciones de posibilidad para un posible despertar. Según este razonamiento, la clase obrera por sí sola está en condiciones de generar una resistencia al sistema de opresión capitalista - inclusive de manera espontánea- pero no puede, por sí sola, desbordar esos límites. Esto implica que los trabajadores pueden agruparse en sindicatos, luchar contra el patrón y reclamar contra el gobierno por reformas, pero deja expuesta la propia vacuidad que la caracteriza en tanto no hay, por detrás, ningún sustento socialista que pueda dirigirla o redireccionarla a cumplir su tarea histórica.

También, es menester mencionar que, para el autor, las denuncias económicas son un importante punto de partida del movimiento proletario, pero se precisa de un momento de integración, que debe ser conducido y organizado por la socialdemocracia. Caso contrario, estas denuncias pueden quedar en un camino de reclamos exclusivamente sindicales, es decir, no característicos de movimientos socialdemócratas.

Es por esto, que a pesar la acción de los sindicatos, de la cual muchos se vanaglorian y resaltan su espontaneidad, puede -sin necesariamente desearse- subordinarse a la ideología burguesa en tanto esta es más antigua, su desarrollo es más complejo y su difusión, mucho más potente, sin dejar de mencionar que no es clandestina.

Otro elemento central del planteo leninista vinculado a errores organizativos es su feroz crítica a la alabanza del espontaneísmo como valor. De hecho, Lenin exterioriza esta adoración como una enfermedad que denomina “culto al espontaneísmo”. Esta enfermedad tiene por consecuencia el dejarse llevar por la marea de reformas que no despiertan conciencia alguna sobre el proletariado. Debido a esta enfermedad, el autor exige una elevada conciencia a los dirigentes de la socialdemocracia. En ese sentido, afirma:

Cuanto más poderoso es el auge espontáneo de las masas, cuanto más amplio se hace el movimiento, tanto más incomparable es la rapidez con que aumenta la necesidad de una elevada conciencia, tanto en el trabajo teórico de la socialdemocracia, como en el político y en el de organización.

Para Lenin, el movimiento ascensional y espontáneo de masas ha brotado de una manera tan intensa que la propia socialdemocracia se vio desbordada de poder organizarla. Dicha organización revolucionaria no se encontraba preparada para semejante desafío. Es debido a esta desgracia que el autor dedica gran parte de su obra a las propias tareas de organización del partido. Es por esto que los socialdemócratas no deben limitarse ni circunscribirse a la mera militancia y organización de las denuncias económicas. Mejorar las condiciones de la venta de trabajo es una lucha sindical. La socialdemocracia debe impregnarles un carácter político a las reivindicaciones económicas, a las meras luchas sindicales. En consecuencia, puede, mediante los reclamos económicos, organizar a los segmentos de trabajadores y, así, exigirle al gobierno otras cosas. Esto hace, implícitamente, que se subordinan las luchas por las reformas a la lucha revolucionaria.

En definitiva, para Lenin, el partido dirige la lucha de los obreros no solamente para conseguir mejores condiciones de -la venta- trabajo sino para modificar el régimen social. La socialdemocracia observa en su mirada la relación entre determinados trabajadores y sus patrones pero, a su vez, la relación entre el sujeto histórico y todas las clases sociales existentes en determinada circunstancia.

En relativa consonancia con lo expuesto por su camarada, León Trotsky, en *Programa de Transición*, desarrolla incipientemente cómo debe ser utilizado el Estado y sus instituciones durante los períodos democráticos burgueses. Bajo ningún concepto, el autor menosprecia en lo más mínimo la utilización de las mismas. Desde su perspectiva, hay una amplia gama de reivindicaciones que mejorarían las condiciones de vidas de los integrantes de dicha nación que pueden y deben ser arrancadas del poder estatal. Léase, un sistema de reivindicaciones transitorias para las cuales no es necesario que ya esté instaurado el socialismo. En el transcurso de dicho proceso, bajo la dirección del partido, las masas irán adquiriendo y elevando su conciencia y, por ende, aumentando el caudal revolucionario del movimiento.

Sin embargo, advierte dos grandes limitaciones y preocupaciones de las luchas democráticas y reformistas, siendo la primera que hay una tendencia notoria a la burocratización y *status quoismo* de aquellos movimientos que sobrevaloran dichas reivindicaciones. Los sindicatos son claros representantes de esta caracterización, según Trotsky, ya que poseen una propensión significativa hacia la conciliación con el régimen democrático burgués escudándose en que, a través de las reivindicaciones económicas, se logrará llegar al socialismo que enuncian perseguir, aunque esto no es más que una fachada con la cual perpetúan su poder como funcionarios carreristas y rutinarios. No sólo los sindicatos no representan más que a un pequeño porcentaje de la clase obrera, el segmento mejor pago y más calificado de dicha clase por cierto, sino que buscan constantemente domesticarla; es por ello que son incapaces de tener un programa revolucionario acabado y no deben más que subordinarse al partido y jamás reemplazarlo.

La segunda limitación desarrollada por Trotsky (1932) en *¿Qué fue la Revolución rusa?* es:

Nunca una clase dominante ha depuesto voluntaria y pacíficamente su poder. En las cuestiones de vida y muerte los argumentos fundados en la razón nunca han reemplazado a los argumentos de la fuerza. Esto es triste decirlo; pero es así. No hemos sido nosotros los que hemos hecho este mundo. Sólo podemos tomarlo tal cual es. La revolución significa un cambio del régimen social. Ella trasmite el poder de las manos de una clase que ya está agotada a las manos de otra clase en ascenso.

En consecuencia, deja a las claras su postura de que mediante el reformismo y las reivindicaciones democráticas no se puede llegar jamás al socialismo, dado que la burguesía no permitiría que por vía institucional se les despoje del poder hegemónico con el que cuentan. En plena consonancia con Lenin, Trotsky sostiene categóricamente que el proletariado necesita de un Estado en decadencia: le resulta indispensable que se encuentre en plena fase agonizante, y sólo así la utilización del Estado cobrará pleno sentido.

La toma del poder para poder cambiarlo de raíz será por vía revolucionaria o no será. La lucha por reformas socioeconómicas a través de los canales típicamente institucionales tiene un gran potencial, pero no es suficiente para instaurar un nuevo sistema social. “El proletariado únicamente puede subir al poder si se apoya en una sublevación nacional o en el entusiasmo general de la población.” (Trotsky, 1906, p.50), ilustrativamente enuncia el autor.

En el orden propositivo, Trotsky plantea, más allá de la mera utilización de las instituciones burguesas, la formación, siempre que sea posible, de órganos propios del proletariado, más específicamente de soviets. Este estadio resulta crucial en la obra del autor, ya que él cree que mediante la constitución y pleno desarrollo de las mismas se elevará la conciencia obrera adelantando a pasos agigantados las condiciones subjetivas para la realización del acto insurreccional. Lentamente se acerca el momento pre-revolucionario que él denomina como dualidad de poderes en donde “las clases adversas se apoyan ya en organizaciones estables sustancialmente incompatibles entre sí y que a cada paso se eliminan mutuamente en la dirección del país” (Trotsky, 1930, p.218). Ambas partes detentan una parte considerable del poder del Estado, pero ninguna de ellas es, todavía, capaz de hacerse con la suma de poder restante para adueñarse en términos figurativos del país.

En conclusión, Trotsky entiende que las reivindicaciones económicas tienen un valor fundamental en el proceso de concientización del proletariado, pero no por ello sobredimensiona su capacidad revolucionaria; la entiende como lo que es: reformista. A su vez, deja de manifiesto la relativa utilidad del aparato del Estado burgués entendiéndolo que debe ser cooptado en el momento de su decadencia, cuando comienza a agonizar, y que sólo en ese momento se usufructuará en mayor medida su poder. En la misma sintonía, sostiene la relevancia mayúscula de la formación de instituciones propias, por fuera de las burguesas, que lograrán formar a la clase obrera e irá instaurando el momento pre-revolucionario de la dualidad de poderes.

Quizás quien exponga mayor divergencia con estos argumentos sea Karl Kautsky. El autor en *El Camino del Poder* procede a desarrollar su postura acerca del uso de las instituciones democráticas. Él cree que la democracia en sí misma tiene un valor fundamental dado que no sólo previene la realización de revoluciones prematuras

encarnadas por pequeños grupos blanquistas sino que entiende que brinda numerosos canales que deben ser aprovechados por el proletariado. Extraer derechos del Estado burgués es indispensable en el proceso de concientización de las clases subalternas para ir adquiriendo entusiasmo y valentía en sus procedimientos. Sin embargo, estos derechos deben ser ganados y no meras concenciones dado que de esa manera se aplaca la fuerza del movimiento. Resulta menester aclarar que, aunque rescate los alcances de los canales democráticos bajo ningún concepto, en esta obra, Kautsky desvalorice la conquista del poder político a través del acto revolucionario ni sostiene que haya otra manera de llegar al socialismo sin la toma del poder.

Por otro lado, en contraposición con lo precedente, en *Reformismo y Revolución*, Rosa de Luxemburgo considera que las reformas son formas de control aplicadas por la organización estatal, es decir que, son promulgadas en beneficio del capital en tanto no son sino una modificación superficial de las condiciones de existencia material. Luxemburgo advierte esta cuestión ya que teme la adopción de la creencia en la cual - mediante el parlamentarismo- pueden realizarse cambios profundos como, por ejemplo, la conquista del poder político.

Sin embargo, en desencuentro con lo expuesto por los otros autores, cabe destacar la potencial importancia que le adjudica la autora al momento de la lucha sindical, que deviene en la adquisición de la reforma social. No obstante, estas cuestiones deben estar impregnadas de una voluntad firme y consciente de conquistar el poder político. Por lo cual, si se separa esa voluntad del movimiento mismo y se convierten las reformas sociales en un fin en sí mismo, entonces dichas actividades no sólo no conducen al objetivo ulterior del socialismo, sino que se mueven en sentido contrario.

Por eso, se desprende que los sindicatos se forjan como organizaciones defensivas de la clase. Estos resisten los embates de los ataques de la economía capitalista. Estas organizaciones buscan mejorar las condiciones de los obreros, pero dentro del espectro de la producción capitalista.

Es por esto que el camino de la reforma legislativa tiene un límite inherente a su desarrollo. Si esta se coloca como fin en sí mismas, pasaría a perseguir otro destino, es

decir, la reforma del capitalismo, por consiguiente, no estaría pretendiendo finalizar la explotación ni los abusos del capitalismo sino, más bien, la reducción de estos males.

Es fundamental aclarar que, para la autora, las reformas conseguidas son producto de las luchas económicas y políticas. Esto impregna a las reformas con un carácter de vitalidad en el desarrollo del movimiento revolucionario y, a su vez, resulta muy valorable debido a ello. Cuando nos referimos a la yuxtaposición entre luchas políticas y económicas se debe a la diferenciación analítica que Rosa de Luxemburgo realiza, aunque cabe destacar que las considera partes integrantes de un todo. No existen dos luchas distintas de la clase obrera, la única lucha es la de clases. Por esto, la existencia de una división tajante expone a esta supuesta escisión separatista de luchas como un producto artificial. Para la autora, hay una relación de retroalimentación entre ambas, es decir, grandes luchas políticas tienen como consecuencia la multiplicación de muchas luchas económicas y viceversa. A diferencia de otros autores, Rosa comprende que la profundización de la lucha política extiende, a su vez, la lucha económica. En un momento revolucionario, ambas se funden en sí, o sea, se barren las diferencias. Por lo tanto, se genera una relación recíproca entre ambas acciones, donde causa y efecto se intercambian continuamente. Esto se debe a que cada acontecimiento genera, en los trabajadores, conciencia de su posición y -por ende- el respectivo deseo de su mejora mediante la lucha.

A fin de cuentas, podemos afirmar que la cuestión que problematiza Rosa de Luxemburgo se relaciona con entender como fin la reforma social del capitalismo. Comprender la solución del antagonismo de clase mediante paliativos implica perder de vista los fines revolucionarios. Solamente en el caso que la reforma no sea un fin en sí mismo, sino un medio, es posible de ser entendida dentro del espectro socialista. En otras palabras, mejorar las condiciones del proletariado sin pensar en la puesta en escena de condiciones que generen conciencia revolucionaria implicaría quedarse satisfechos con ilusorias modificaciones superestructurales. Satisfacerse con una reforma es adoptar una perspectiva conformista y sumisa frente a la burguesía imperante. Nunca debe perderse de vista el objetivo: la toma del poder político, no se debe contentarse con sus migajas.

El rol del partido político.

Dentro de las discusiones sobre el rol de los partidos socialistas, Lenin es partidario de una perspectiva organizativa que se puede identificar de manera centralista y/o verticalista. El partido, para el autor, es clave a la hora de desarrollar y elevar la conciencia de los proletarios. Cuando nos referimos a elevar la conciencia, aludimos a la acción por la cual el partido educa al sujeto revolucionario en los términos que le permiten a este rebasar los límites que la ideología burguesa impone.

Para el autor, la conciencia socialista es impuesta desde afuera ya que la lucha económica de los obreros les permite solamente pensar la actitud del gobierno ante su clase. La lucha económica está completamente limitada por el propio carácter y solución de su propio reclamo. En este sentido, la tarea revolucionaria es buscar – incansablemente- desbordar esta reivindicación latente -pero efímera y singular- de manera que los sujetos puedan elevar su conciencia y reconocer su tarea histórica. El autor afirma, en consonancia con lo anterior, que: “(...) la conciencia socialista es algo introducido desde fuera en la lucha de clases del proletariado, y no algo que ha surgido espontáneamente de ella.” (Lenin, 1902, p.136).

De este modo, el partido posee un conocimiento epistemológico vital, una sapiencia específica de la sociedad capitalista y el propio sentido de la historia. Por ende, su rol consiste en organizar y dirigir todos los sectores de la oposición que ayuden en la lucha por la revolución.

Entonces, debido a este rol, el partido y sus militantes están obligados a ir a todas las partes de la población para que su labor teórica se vea desplegada de manera integral. Quienes deben realizar esto son los respectivos militantes del partido -sean obreros o estudiantes- que deben difundir y realizar la labor de elevación de la conciencia. La conciencia de las masas obreras implica que estas puedan observar en todas las clases sociales los destellos de sus manifestaciones intelectuales, morales y políticas. Es decir, que estas aprendan a poder realizar análisis materialistas.

En consecuencia, la ausencia del escaso desarrollo del *status* de las conciencias proletarias se debe al fracaso del propio partido. La tarea que el partido debía haber desempeñado no fue realizada. Esta cuestión no trae consigo el “descenso” al nivel de la masa obrera. No debe limitarse a circunscribirse a sus urgentes reivindicaciones -de

corte económico- sino más bien ampliar su horizonte de reclamos a uno aún mayor, un horizonte que posea en su espectro la tarea esencial histórica de la clase social, es decir, la revolución.

Los agitadores que están compelidos a la tarea de la elevación de la masa deben dedicarse de manera íntegra a dicha encomienda. En consecuencia, no pueden trabajar en fábricas durante largas jornadas, sino que deben vivir de fondos del partido. El número de estos militantes está en relación con el número de masas que se suman a la lucha. En una especie de relación proporcional, cuanto mayor es el número de masas en lucha, mayor debe ser el número de participantes del partido que puedan organizarla.

Finalmente, estamos en condiciones de afirmar que Lenin nos propone una profunda centralización de las tareas organizacionales del partido que considera que no debilita, sino refuerza la amplitud y contenido de la actividad revolucionaria. El autor pone en manos de los profesionales del partido la tarea organizativa que considera clave de la revolución. Los revolucionarios profesionales son vitales para la continuidad del movimiento revolucionario ya que organizan a la masa que participa en él.

En definitiva, según las premisas del autor, el partido no ha estado a la altura de lo supuesto en tanto la actividad de los obreros ha superado la de los dirigentes. Estos no han podido transformar lo espontáneo, es decir las reformas económicas, en manifestaciones políticas. En tanto ampliar el espectro de lo económico, el carácter político de los revolucionarios profesionales es lo que permite totalizar e integrar a esas masas que espontáneamente se suman a la lucha, pero bajo ningún concepto significa que haya que hacer un culto a la espontaneidad. Lenin rechaza de manera categórica esto dado que deja a los dirigentes a la espera del brote de una elevación de la conciencia y de la organización individual de movimientos incipientes.

En contraposición, damos por iniciada una polémica por demás interesante. Luxemburgo critica de manera feroz a quienes se auto-perciben amantes de las luchas ordenadas y bien disciplinadas. Aquellos que desde lejos pretenden saber mejor cómo debería haberse actuado en alguna u otra situación.

A su vez, le da un rol central a la idea del espontaneísmo. Mediante la articulación de la noción de huelga de masas, la autora comprende tal evento como la escena de un golpe teatral, como un medio para crear las condiciones para la lucha política diaria del proletariado. Este golpe trae como consecuencia un despertar del sentimiento de clase del cual brota, toma y se eleva la conciencia proletaria de manera aguda y rápida. Acto seguido, se origina un espontáneo movimiento general que se sacude las cadenas, ya que les recuerda -a su vez- las heridas sangrantes de la clase.

Cabe remarcar el lugar central que ocupa la caótica y desorganizada huelga de masas como momento necesario en la lucha revolucionaria, que antecede el trabajo de organización que deberá realizar el partido.

En contraposición se ubican las huelgas de protestas, que son organizadas, disciplinadas, partidarias y, a su vez, aisladas de los movimientos reales de masas. No obstante, las huelgas de masas son vitales para la lucha revolucionaria, atraen a una masa de trabajadores que usualmente no participarían y, en momentos estrictamente revolucionarios, condensan todas las fases de las luchas económicas y políticas. Esta condensación no implica la fusión de las luchas sino su propio proceso de retroalimentación. La autora considera que estas luchas, tanto económicas como políticas, son indisolubles, pero analíticamente diferenciables. Todo proceso de huelga comienza con un conflicto económico hasta llegar a la manifestación política. Las huelgas de masas, cuando están suceden -inclusive en plena revolución- abren nuevas perspectivas, son puntos de partida que, sin embargo, condicionan:

En suma, en las huelgas de masas en Rusia, el elemento espontáneo juega un rol preponderante, no porque los proletarios rusos “estén poco educados” sino porque las revoluciones no permiten que nadie juegue con ellas al maestro de escuela. (Luxemburgo, 1906, p.108)

Para la autora, el Partido está llamado a asumir la dirección política de la huelga *en* el periodo revolucionario. Es clave que este momento no ocurra de manera previa ya que las huelgas partidarias -disciplinadas y entrenadas- no responden sino a una subestimación del grado de madurez de la masa desorganizada. Una verdadera

movilización de clase revolucionaria y audaz, espontánea, genera una conciencia política práctica y activa.

Por esto, la clave del partido frente al problema de la conciencia de los trabajadores está relacionada con la misión de la búsqueda de la comprensión, por parte de la clase obrera, de las crecientes contradicciones de la economía capitalista y la propia inevitabilidad de la supresión de dichas contradicciones a través de la transformación social.

En conclusión, para Rosa de Luxemburgo, las tareas de la dirección de la socialdemocracia se dan en el proceso de dirección política de la movilización en su conjunto. Debe abandonarse el esquema de las huelgas de protesta articuladas por partidos -vacías de participación de un movimiento masivo real y espontáneo- de manera artificial. La autora nos recuerda el carácter vivo de las movilizaciones que estallan con energía, exacerbando, de esta manera, los antagonismos de clase y, por ende, la situación política. Al mismo tiempo, el papel de la socialdemocracia es la de esclarecer y concientizar al proletario sin esperar, de brazos cruzados, el advenimiento de la situación revolucionaria. De aquí se puede concluir que la socialdemocracia está forzada a propagandizar -en los sectores proletarios- las consecuencias de los levantamientos, de las situaciones revolucionarias y el papel del sujeto revolucionario - como anteriormente dijimos- en unidad con los sindicatos. Entendiendo que la lucha sindical abarca los intereses inmediatos mientras que la lucha socialdemócrata abraza los intereses futuros del movimiento obrero.

En consonancia con lo expuesto precedentemente por Lenin, pero en debate feroz con Luxemburgo, Trotsky en *Los problemas de la guerra civil* y *¿Qué fue la Revolución rusa?* coincide con la supremacía y centralidad que debe, de manera obligatoria, ejercer el partido en el proceso de conducción de las masas y en su entendimiento acabado de la opresión que sufren bajo el yugo capitalista. No obstante, sostiene que, ineludiblemente, para que un proceso revolucionario sea llevado a cabo, ciertas premisas históricas, las cuales varían dependiendo del tipo de país (industriales, agrarios o intermedios), deben hacerse presentes. Sin embargo, resulta menester aclarar que éstas no otorgan garantía alguna de que se trasladen en la concreción de la toma del poder, sino que, por el

contrario, no son más que meros indicadores de oportunidades previas al momento en el cual se debiera orquestar el acto insurreccional.

El autor postula una doble acepción para el término *insurrección*: en primera instancia, como una etapa necesaria de las leyes objetivas de la historia de la lucha de clases; y, en segundo lugar, desde una concepción práctica y tangible, siendo ésta la preparación y ejecución de dicho acto insurreccional entendido como fase suprema revolucionaria. El partido no puede ni debe ignorar ambos significados, ya que dicha omisión sería caer en el mayor de los pecados: el entender que la revolución se realiza sola, por sus propios medios, producto de meras condiciones objetivas, sino que “Los marxistas debemos saber y entender que no es suficiente desear la insurrección para que ésta se cumpla. Cuando las condiciones objetivas la hagan posible, hay que hacerla, ya que ella no se hace a sí misma.”

De dicha posición proviene su discrepancia con Rosa de Luxemburg. Según Trotsky, la fundadora del diario *La Bandera Roja* no era capaz de distinguir la importancia crucial de la preparación y realización del acto insurreccional puesto que al estar inmersa en una lucha contra la burocracia de la socialdemocracia y la rigidez que dicho partido le imprimía al proletariado perdía de eje que por más que el movimiento rebalsara de iniciativa la mera huelga general, independientemente de cuán grande, fogosa y masiva ésta pudiera llegar a ser, no era más que un paso en el sinuoso y arduo camino de la revolución proletaria; un instrumento que reviste de suma importancia, pero que por sí sólo carece de fuerza suficiente como para hacerse del poder político.

“Hay que considerar que el paso más difícil que un partido comunista tendrá que dar será el pasaje del trabajo de preparación revolucionaria, forzosamente largo, a la lucha directa por la toma del poder”, sentencia Trotsky. Resulta crucial, entonces, remarcar que el rol fundamental de aquel partido que se disponga tomar por asalto el poder, dado su carácter impostergable e ineludible, será la diagramación estratégica de la insurrección. Para ello se requiere estudiar en profundidad ejemplos anteriores para así lograr dilucidar las leyes intrínsecas de la insurrección, las cuales una vez entendidas y asimiladas deberán plasmarse en un reglamento.

No obstante, vale la pena aclarar que dicho reglamento no será distribuido y entregado a las masas puesto que, desde la concepción de Trotsky, sería pecar de un optimismo cuasi infantil. Por el contrario, tiene que ser repartido entre los cuadros dirigentes del partido, quienes ocuparán el puesto de líderes en la revolución, dado que sabrán aplicarlo en su justa medida. Es por ello que el autor en *Los problemas de la guerra civil* (1932) sostiene:

“La revolución proletaria es una revolución de enormes masas desorganizadas en su conjunto. El impulso ciego de las masas juega un rol considerable en el movimiento. La victoria sólo puede lograrse por un partido comunista que tenga como objetivo la toma del poder, que, con minucioso cuidado medite, conspire, reúna los medios para alcanzar el objetivo perseguido y que, apoyándose en la insurrección de masas, lleve adelante sus propósitos.”

Sin embargo, la dirección central del partido y la fijación de una fecha para la revolución no se traduce en una rigidez desmesurada o en un proceso que deviene estático. El partido debe establecer un curso de acción que le sirva como guía y horizonte al cual perseguir, pero no debe por qué mantenerse obligatoriamente a rajatabla, ya que su función primordial es diagramar las coordenadas que deberán seguirse para que se brinden ciertos cimientos de certeza al plan revolucionario. No obstante, es menester que el partido se encuentre atento ante la coyuntura puesto que es innegable la volatilidad de las masas y de los acontecimientos futuros que pueden derivar en cambios del plan inicial. Es por ello que para disminuir y prevenir cualquier tipo de situación inesperada, los dirigentes revolucionarios requieren tomar en sus manos el ritmo del movimiento para encaminarlo hacia su objetivo planeado. Las causas objetivas nunca son suficientes, sólo un partido organizado, centralizado y que se haya preparado correctamente podrá desequilibrar conscientemente la balanza del destino hacia el lado de la revolución.

Kautsky comprende que, en clara contraposición con Lenin y Trotsky y siguiendo la línea de Engels, el partido no es que debe organizar revoluciones sino que es en sí mismo revolucionario. La función del partido es inculcar la teoría en el proletariado para así fomentar su concientización que, necesariamente, terminará desembocando en la conquista del poder. Para ello, se deben desarrollar y expandir organizaciones obreras,

en donde se debata la teoría, pero, a la vez, se impulsen medidas propias, puesto que la práctica sobrepasa a la doctrina y queda grabada de manera imborrable en la conciencia del proletariado.

La cuestión del Sujeto Revolucionario

En primer lugar, Lenin comprende, en *Dos tácticas de la socialdemocracia*, que entre proletarios y campesinos hay unidad de intereses, es más, el autor afirma que la revolución es proletaria-campesina. Sin embargo, reconoce que solamente el proletariado es capaz de ir hasta el fin, ya que dentro de la clase campesina hay elementos pequeño-burgueses. Esta forma de caracterizar al campesinado implica que esta clase es inestable debido a que hay una combinación de elementos de clase dentro de la misma. Es por esto que el autor define que solamente el proletariado puede impregnarle un carácter de clase riguroso a la dirección del partido en tanto este aporta la estabilidad de su inherente identidad.

Cabe aclarar que la inestabilidad de los campesinos es radicalmente distinta de la inestabilidad de la burguesía, ya que a la primera no le importa el sostenimiento de la propiedad privada en tanto se le promete la colectivización de la posesión des tierras de las clases terratenientes. Debido a sus radicales -pero egoístas- intereses en la profunda transformación agraria, la clase campesina está imposibilitada de conducir la revolución socialista. Al mismo tiempo, eso la transforma en una gran aliada a la hora de desarrollar, en primera instancia, una revolución democrática que el partido deberá saber cómo elevarla hacia una profunda transformación social. En ese sentido, Lenin (1905) en *Dos tácticas para la socialdemocracia* afirma:

El proletariado debe (...), atrayéndose a la masa de los campesinos, para aplastar por la fuerza la resistencia de la autocracia y paralizar la inestabilidad de la burguesía. El proletariado debe llevar a cabo la revolución socialista, atrayéndose a la masa de los elementos semiproletarios de la población, para destrozar por la fuerza la resistencia de la burguesía y paralizar la inestabilidad de los campesinos y de la pequeña burguesía.

Por su parte, Trotsky decide encarar su análisis acerca de quién debe ser el sujeto revolucionario en *Resultados y perspectivas* por la negativa: enumerando y desarrollando los motivos, de por sí notorios desde su perspectiva, por los cuales ciertas clases necesariamente no pueden ocupar dicho rol.

En primer lugar, se ocupa de la intelligentsia democrática. Esta clase, cuya característica principal procede de su ausencia de “poder de clase” propio, se encontraba intrínsecamente inhabilitada de cualquier posibilidad real de comandar una revolución. Al ser representada como un anexo inferior, tanto en número como en capacidad, de la burguesía liberal, su libertad de acción necesariamente se ve impactada directamente por la voluntad de ésta última, y aún en aquellos casos en donde ha decidido separarse y actuar de forma autónoma se sumergía en contradicciones insolubles que proveían problemas más que soluciones.

En segunda instancia procede a catalogar a la pequeña burguesía urbana como una clase principalmente “confundida” por ser tanto explotadora como explotada al mismo tiempo. Su tendencial inclinación a ceder constantemente ante la influencia de la mediana y gran burguesía imposibilitaba de raíz que pudieran ocupar el lugar de vanguardia de los acontecimientos mundiales.

Finalmente, focaliza en el campesinado. El autor en cuestión parte su análisis desde una premisa histórica: “La historia del capitalismo es la historia de la subyugación del campo a la ciudad” (Trotsky, 1906, p.49). De por sí, si entendemos que, tal como plantea Marx, la etapa inferior del comunismo es superior al capitalismo avanzado, la previamente citada frase le sitúa un coto a cualquier tipo de ofensiva de índole vanguardista que provenga desde el campesinado, ya que irremediablemente sus posibilidades se encuentran más que limitadas por las condiciones objetivas. No obstante, bajo ningún concepto debe ser menospreciado el caudal y el potencial revolucionario que posee dicha clase, ya que su participación en el accionar revolucionario es indispensable, pero sí resulta menester dejar de manifiesto que, según el autor, la evidencia histórica demuestra que se encuentra incapacitado para ser quien toma las decisiones y diagrame el plan insurreccional. Tal como afirma Trotsky (1906) en *Resultados y perspectivas*:

Al campesinado le faltaba, en una medida aún mayor, una iniciativa política independiente. Desde hacía siglos avasallado, empobrecido y furioso, siendo siempre la encrucijada tanto de la vieja explotación como de la nueva, el campesinado representaba, en un momento determinado, una fuente rica en caótica fuerza revolucionaria. Pero desunido, dispersado, rechazado de las ciudades, los centros nerviosos de la política y de la cultura, apático, limitado en su horizonte a lo que le rodeaba de inminente e indiferente frente a todo pensamiento urbano, el campesinado no podía tomar importancia como fuerza dirigente. (p. 46)

Es por ello que requiere indispensablemente de un guía, de un partido, que claramente no puede provenir del campesinado, que le indique cómo actuar, cuándo y dónde. Un partido que logre elevar el nivel cultural de la susodicha clase y desarrollar la conciencia política del campesinado hasta tal punto que logren asimilar una nueva cosmovisión que les permita ver las condiciones de vida en las que se realizan y en las que podrían realizarse si tomaran el poder. Desde la perspectiva del autor, la única clase verdaderamente revolucionaria capaz de llevar semejante empresa adelante es el proletariado, dado que reúne el mayor poder social al ser quien pone en funcionamiento los medios de producción pertenecientes a la burguesía. Su relación directa con el andar de la economía social lo ubica en una posición privilegiada de poder detener parcial o totalmente dicha maquinaria, es por ello que ésta clase posee en sí mismo un capital político abrumador.

Pero, tal como mencionamos anteriormente, la participación e involucración directa del campesinado es crucial para el éxito o fracaso del proceso revolucionario. No obstante, al no tener independencia política de otras clases, el proletariado será quien deberá llevar la lucha de clases al campo para así poder dividir entre enemigos y aliados, entre los chacareros pequeños burgueses y los terratenientes, y el obrero agrícola, que es el hermano y compañero del obrero industrial, puesto que “son dos partes de una sola y misma clase”, cuyos intereses son inseparables. Sólo de esa manera se podrá lograr el gobierno obrero y campesino (siempre sin perder que el primero ocupará el rol dirigente y hegemónico dominante).

Kautsky, por su parte, entiende que las condiciones objetivas del capitalismo ubican necesariamente al proletariado en ese rol de primacía para llevar a cabo la revolución. No obstante, ésta sólo se dará gracias a una acción conjunta de la mayor parte de la población unida. Desde su convicción, un pequeño grupo ilustrado no podrá tomar el poder político por su cuenta, sino que resulta menester la participación activa de las masas, las cuales involucran no sólo al proletariado, sino también a la burguesía democrática, a la pequeña burguesía y al campesinado, las cuales deberán seguir los pasos de aquellos puesto que serán los más formados en la teoría y práctica socialista.

Sin embargo, desde la perspectiva luxemburgiana, la discusión sobre el sujeto revolucionario naufraga por otros lares. En *Huelga de masas, partido y sindicatos*, la autora reflexiona sobre la imposibilidad del sindicalismo como sujeto conductor y revolucionario. Esto se debe a que la profunda especialización de su actividad profesional, como dirigentes sindicales, los ha inducido a poseer una perspectiva estrecha sobre la lucha revolucionaria integral. Debido a su estrechez y fijación en la lucha sectorizada, sobrevaloran la organización sindical y la vuelven un fin en vez del medio que *debe ser*. Es decir que subordinan los intereses del sujeto revolucionario a sus intereses sectoriales. De esta manera, confunden los éxitos sindicales con los logros generales de la clase proletaria. En otras palabras, festejan la mínima hazaña económica sin poder observar la agudización del *status* obrero, es decir, de sus condiciones materiales de existencia.

Es por esta razón que los dirigentes sindicales pierden la perspectiva de la situación de conjunto. Es decir, no comprenden los límites del orden y el Estado burgués. Vinculado a esto, Luxemburgo comprende que es fundamental combatir el optimismo sindical, así como el optimismo parlamentario, ya que su falta de sentido crítico es una característica peligrosa- de la dirigencia socialdemócrata.

Es menester recordar la preocupación de Rosa de Luxemburgo en relación a la ilusoria y artificial división entre los dirigentes sindicales y los dirigentes socialdemócratas. No se debe olvidar que formular este paralelismo es extremadamente peligroso para la coordinación de acciones y perspectivas sobre las luchas obreras.

Es por eso que debe haber unidad entre la dirección socialdemócrata y los comités centrales sindicales. Estos deben tratar y discutir sobre cuáles son los problemas que afectan al movimiento obrero. Para la autora, es central la reducción de las fricciones que se entrelazan entre estas dos organizaciones. Los sindicatos deben unificarse -no fundirse- con la socialdemocracia y así, restaurarse su unidad. En este sentido, Luxemburgo (1906) concluye:

El movimiento sindical no es aquel que se refleja en la ilusión, comprensible pero irracional, de una minoría de dirigentes sindicales, sino aquel que vive en la conciencia de miles de proletarios que han sido ya ganados para la lucha de clases. Para esta conciencia el movimiento sindical es parte de la socialdemocracia. ‘Y aquello que es, debe tener la osadía de aparentarlo.’
(p.129)

Conclusiones

Desde nuestro parecer, creímos propicio rescatar del pasado ciertas discusiones que, según nuestro punto de vista, aún guardan vigencia para extraer herramientas que nos ayuden a reflexionar sobre nuestra actualidad. Es por ello que a lo largo del presente ensayo nos propusimos indagar, a través del uso de algunas piezas específicas de ciertos autores marxistas de comienzos del siglo XX, cómo pensaban tanto Luxemburgo, Trotsky, Kautsky y Lenin problemáticas tales como: la tensión entre el espontaneísmo y la organización verticalista; la potencialidad y límites de las reivindicaciones económico-corporativas; la pregunta por el sujeto revolucionario; la elementalidad o subsidiariedad del partido político y la supuesta contraposición entre reformismo y revolución.

Si bien entendemos que los autores parten desde un corpus teórico similar sería cometer un error más que considerable prejuzgar que arriben siempre a las mismas conclusiones, atravesando el mismo desarrollo. En este sentido, consideramos necesario remitirnos a sus obras en pos de plasmar de manera adecuada y concreta sus diversos pareceres. Durante dicho relevamiento encontramos numerosos acercamientos entre sus

posturas, pero a la vez vastos desencuentros, que decidimos agrupar para en 3 (tres) grandes ejes temáticos: Reformismo y Revolución, Rol del partido y Sujeto Revolucionario.

En primera instancia, en lo que respecta al primer subtítulo, denotamos un consenso relacionado acerca de las limitaciones notorias de centrarse meramente en las reivindicaciones económicas. A pesar de que ningunx desmerece en lo más mínimo el valor de dichas reivindicaciones (las cuales necesariamente cumplen el valor de reivindicaciones transitorias y de mínima), todxs lxs autores coinciden en la necesidad imperiosa de imprimirle un carácter político que trascienda dichas consignas corporativas. De no hacerlo, se transformarán en un movimiento *status quoista* y les resultará imposible elevar la conciencia de los obreros de tal manera que entiendan como propio que el socialismo es el mejor sistema social para vivir. Y aún así, haciéndose eco de los canales democráticos burgueses, sigue sin ser suficiente el uso de dichos mecanismos, puesto que está circunscripto a concientizar a las masas mas no a tomar poder. En conclusión, para conquistar el poder político se requiere indispensablemente de la vía revolucionaria y no del reformismo democrático y burgués.

En segundo lugar, evaluamos cómo caracterizan el rol del partido político. Ante esta disyuntiva aparecen dos alas contrapuestas: por un lado, Trotsky y Lenin y, por el otro, Luxemburgo. Los primeros son fundamentalistas de la centralidad organizativa que sí o sí debe tener el partido si desea cumplir su rol revolucionario. Es menester elevar la conciencia de las clases subalternas en orden de hacerse con el poder político. No obstante, esto no se da espontáneamente en ninguna situación; se requiere de un partido que prepare y movilice las condiciones subjetivas para que dicho acto revolucionario se lleve a cabo. El partido debe estudiar, organizar y realizar el acto insurreccional durante el cual deberá encausar a las masas para que se cumpla en la mayor medida posible lo planificado previamente. Sin embargo, desde la perspectiva luxemburgiana, semejante rigidez es un pecado que ningún partido que pretende -efectivamente- ser revolucionario debiera cometer. La autora fundamenta que mediante la huelga de masas, la cual de por sí tiene que ser caótica, el proletariado adquirirá la conciencia necesaria en pos de tomar el poder político. La voluntad de limitar y encadenar este accionar a consignas,

momentos y creencias impartidas desde la cúpula dirigencial partidaria, independientemente de cuál partido sea, se traduce en limitar el desarrollo natural de los acontecimientos verdaderamente revolucionarios, los cuales cuentan con una cuota altísima de espontaneismo. Kautsky, por su lado, se ubica en un punto medio en donde entiende la necesidad imperiosa del partido de aleccionar a las masas con la teoría marxista, pero a la vez entiende que la revolución se dará a medida que se gane fuerza y conciencia y, por ende, no puede ser organizada tan estrictamente.

Finalmente, decidimos abordar la pregunta acerca de quién debe ser el Sujeto encargado de ser la cabeza de la revolución. Trotsky descarta tanto a la intelligentsia democrática como a la pequeña burguesía dado que ambos segmentos sociales terminan siendo la mayoría de las veces funcionales a la mediana y gran burguesía liberal. Prosigue a catalogar al campesinado como una fuerza caótica indispensable en el proceso revolucionario, pero que no tiene iniciativa política propia. De forma independiente jamás podrán comandar una revolución: necesitan conducción. Sólo el proletariado, producto de su posición privilegiada en el sistema económico capitalista en donde son capaces de detener todo el aparato productivo, podrá dirigir la revolución. En sintonía con lo precedente, Lenin entiende que el proletariado deberá ser quién conduzca la revolución obrera y campesina, ya que estos últimos tienen gérmenes pequeburgueses que lo imposibilitan a ser los organizadores del proceso revolucionario. No obstante, siguiendo lo expuesto por Kautsky, por más que el proletariado ocupe el lugar privilegiado de conductor del movimiento, se necesita de la participación activa del resto de las clases sociales para llevar a cabo el acto revolucionario. Finalmente, Luxemburgo, por su lado, direcciona su análisis hacía el rol de los sindicatos, entendiendo el rol fundamental que estos debieran tener durante el proceso revolucionario, siempre y cuando no hayan perdido de vista que la revolución es la verdadera meta. Dado que en la realidad, los sindicatos suelen caer en dicho error, la autora sostiene que deben unirse con el partido con el afán de realizar acciones conjuntas que lleven al proletariado al éxito revolucionario.

Bibliografía

Kautsky, K. (1909) El camino del poder.

Lenin, V. (1902) ¿Qué hacer?

Lenin, V. (1918) *El renegado Kautsky*

Lenin, V. (1920) *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*

Lenin, V. (1905) *Dos Tácticas De La Socialdemocracia En La Revolución Democrática*

Luxemburgo, R. (1899) Reforma o Revolución

Luxemburgo, R. (1906) Huelga de masas, Sindicatos y Partido

Luxemburgo, R. (1910) La Revolución Rusa

Luxemburgo, R. (1919) Último Discurso en Vida

Trotsky, L. (1930) *Historia de la Revolución Rusa*

Trotsky, L. (1906) *Resultados y Perspectivas*

Trotsky, L. (1936) *La revolución Traicionada*

Trotsky, L. (1924) *Los problemas de la guerra civil*

Trotsky, L. (1938) *Programa de transición*

Trotsky, L. (1932) *¿Qué fue de la revolución rusa?*